

EUROPA EN LA PERSPECTIVA DEL EXILIO DE MARÍA ZAMBRANO¹

CARMEN REVILLA GUZMÁN
Universitat de Barcelona

El objetivo de este ensayo es destacar la particularidad del pensamiento zambraniano tomando como referencia su tratamiento del tema de Europa, para subrayar la posible actualidad de su aportación en relación con los desafíos a los que Europa se enfrenta. Para ello se propone una relectura de las páginas que la autora dedica explícitamente a este problema, señalando afinidades con planteamientos de la discusión filosófica actual con los que sintoniza significativamente.

PALABRAS CLAVE: María Zambrano, Europa, exilio, crisis, creación, ciudad.

Europe from the Perspective of María Zambrano's Exile

The aim of this essay is to highlight the particularity of María Zambrano's thought by taking her treatment of the theme of Europe as reference point and to, ultimately, underline the possible relevance of her contribution to the challenges facing Europe today. To do this, I propose a rereading of the pages that the author explicitly devotes to this problem, pointing out the affinities that exist with certain approaches in the current philosophical debate, to which Zambrano's thought is significantly tuned.

KEY WORDS: María Zambrano, Europe, exile, crisis, creation, city.

Tal vez uno de los mayores alicientes de la obra de María Zambrano se encuentre en el modo en el que se sitúa ante los problemas y los plantea. De aquí el interés de acentuar en su lectura las “diferencias”, lo que no llega a disolverse en la cadena de influencias para quedar y llegarnos como su aportación más propia. En esta tarea, sin embargo, no pueden minimizarse las dificultades que implica la reconstrucción del contexto de una obra, amplia y dispersa, de la que se exagera con mucha frecuencia, y a veces injustificadamente, la excepcionalidad.

Como se sabe, después de la primera guerra mundial, el problema de Europa viene a ser uno de los tópicos de la filosofía académica, vinculado a la crisis de la modernidad occidental y enfocado en muy diversas perspectivas; en el contexto

¹ Este trabajo se ha realizado en el marco del proyecto de investigación “La transmisión desde el pensamiento filosófico femenino” (FFI2015-63828-P), financiado por el Ministerio de Ciencia y Competitividad (AFI/FEDER-UE).

del pensamiento español, en el que tiene lugar la etapa de formación de la autora, las primeras décadas del siglo pasado están marcadas por la influencia de Ortega, que incorpora a esta reflexión un sesgo eminentemente literario. En este marco, en el que se gesta la propuesta zambrana de una racionalidad poética, hay que reconocer la relevancia de la perspectiva política, acorde con los planteamientos de sus contemporáneos, si bien habría que tomar en consideración y destacar la ruptura que la guerra civil española y el exilio de 1939 establece en un clima intelectual caracterizado por el orteguismo y, muy especialmente en el caso de Zambrano, la distancia respecto al mismo que determinará su posición.

Discípula de Ortega y Gasset, pero también lectora apasionada de Nietzsche, por ejemplo, ella misma insiste en que la raíz de su pensamiento se encuentra en la fuente órfico-pitagórica del pensamiento griego. Por otra parte, caracterizándose a sí misma como filósofa del oído, de la escucha..., Zambrano acoge ideas y sugerencias que provienen de tradiciones no sólo occidentales, ni sólo filosóficas, y a lo largo de sus años de exilio —que transcurre de 1939 a 1984 en México, La Habana, Puerto Rico, París, Roma, el Jura francés, Suiza...—, mantiene una asidua y profunda relación con círculos intelectuales que influirán decisivamente en su trayecto teórico, modificando el horizonte orteguiano en el que se formó.

Es en el exilio donde su inicial preocupación política se concreta en la elaboración de un proyecto de realización del ser humano que tiene como núcleo la propuesta de desarrollo de la “razón poética”, es decir, de un uso “poiético”, creador, de la razón a partir de la atención a todo cuanto ha quedado en la sombra, fracasado, sumergido o marginado, en el convencimiento de que ese es el lugar en el que anida la “posibilidad” de algo capaz de responder al presente de una civilización que agoniza. Se trata, pues, de un proyecto esencialmente innovador, que, aunque arraiga en la “razón vital”, incorpora como aportación específica una renovación radical del lenguaje de la filosofía, para poder dar cauce a la experiencia de lo que discurre por debajo de la historia, así como de la misma actitud teórica con la que la autora asume su condición de exiliada.

La relación entre esta actitud, caracterizada por la sensibilidad a las circunstancias y por la implicación personal en las mismas, y el modo en el que responde a la necesidad que orienta su proyecto teórico, posiblemente se encuentre en el origen de la vigencia de su aportación, evidenciada en sus reflexiones sobre Europa.

Para María Zambrano, Europa, a comienzos de los años cuarenta, es una “realidad histórica de vida y de cultura”, esto es una “tradición”. Así enfocada, no la piensa sólo como entidad política, tal como actualmente parecen requerir pensadores interesados en afrontar los desafíos con los que se encuentra el proyecto de construcción europea; por otra parte, para la autora, en su raíz, y por extensión

en la de Occidente, “algo grave ocurre”, con consecuencias que aún hoy nos alcanzan. Lo que suscita y centra su reflexión es lo que sucede justamente en la raíz de Europa, de modo que su punto de vista supone establecer una clara distinción entre el plano de los hechos —la guerra española y europea—, el de los síntomas —pérdida, por exceso, de rostro y figura en la configuración cultural europea, por ejemplo— y el de la raíz de los mismos, que se caracteriza por la pérdida del “saber vivir en el fracaso” (Zambrano, 2000a: 85). Es esta una distinción eminentemente filosófica que, como tal, exige una distancia. Esta distancia, posibilitada por razones y circunstancias políticas, en definitiva, por el exilio, asumido como “condición de existencia”, da lugar a que las categorías que pone en juego en su reflexión adquieran un rango antropológico y ontológico, que ha sido reiteradamente destacado.

El exilio, en efecto, le permite reparar en los síntomas de una situación límite a la que parece haber conducido a Europa su mismo desarrollo, pero es la familiaridad que mantiene con el medio que reconoce como su lugar de pertenencia lo que hace de su escritura un testimonio lúcido, capaz de discernir la raíz de la crisis por la que atraviesa y encontrar en ella un lugar de arraigo del que nace su propuesta.

Si hay actualmente una necesidad compartida de “pensar Europa” en un momento en el que el miedo a su final (Steiner, 2017: 35) convive con una perplejidad paralizante, se diría que el modo en que Zambrano se situó respecto a ella —a una distancia, también aunque no sólo teórica, que le permite ver y, en cierto modo, estar, como lo indica la dedicatoria de *La agonía de Europa*, a su madre “en el corazón de Europa”—, así como el modo en el que escribió sobre su “agonía”, consciente de su “crisis” pero también de sus posibilidades de “creación”, hacen de sus páginas sobre el tema uno de los focos de interés incuestionable, no sólo por la compañía que pueden proporcionar hoy, al sintonizar con nuestra actualidad, o por las propuestas teóricas que ofrecen, sino también por la forma de pensar que pone en juego y viene a ser el núcleo de su aportación —un filosofar que el tratamiento de este tema ejemplifica, a la vez que proporciona uno de los nudos, el representado por la experiencia del fracaso, en el que se cruzan algunos de los temas que constituyen el trasfondo ético-político de su pensamiento.

Si, como indica Simona Forti (2004: VIII), la tarea de la filosofía consiste en elaborar desde las experiencias históricas las categorías conceptuales que permiten pensarlas, las nociones de “crisis” y “posibilidad”, que nacen de su experiencia del fracaso y del exilio vienen a ser referencias teóricas básicas en el pensamiento filosófico zambraniano, ligadas a una confianza en la razón que la lleva a encontrar en la situación de crisis un momento excepcional de creación.

El carácter testimonial que su escritura adquiere como consecuencia, en buena medida, de su condición de exiliada y tal como ella misma afirma en la “Advertencia” a *La agonía de Europa* (Zambrano, 2000a: 21-22), encuentra resonancias en el tratamiento que Franco Rella hace de la cuestión del exilio como situación de atopia y desubicación, que constituye el lugar propio de la filosofía (Rella, 2004: 130) y, en este sentido, podría decirse que la noción de Europa que Zambrano tiene conduce al cuestionamiento de la forma de entender esa tradición constitutiva de la configuración europea que es la filosófica. Tal vez por eso el modo en el que aborda el problema de Europa se acerca también al que autores, como Cacciari,² proponen al enfocarlo, coincidiendo en muchas de sus observaciones y sobre todo en el hecho de vincular la situación actual a un replanteamiento del filosofar. Es este un enfoque adoptado también en la consideración de puntos problemáticos de la reciente historia europea, como por ejemplo en la relectura del totalitarismo presentada por Simona Forti cuando, como Zambrano, señala la “escandalosa continuidad entre totalitarismo y tradición occidental, entre las lógicas de la razón — y su modo de relacionarse con lo real— y la lógica totalitaria” (Forti, 2004: XI).

De hecho, frente al empeño de estas lógicas que intentan “conjurar el peligro de la irrupción de lo real” mediante la asunción de procedimientos que tienen como consecuencia una emancipación de la experiencia que nos hace impermeables a lo que sucede (Forti, 2004: XVII), la aportación zambranianiana representa una clara alternativa. Por otra parte, en su capacidad de discernir parece encontrarse el origen de su lucidez respecto a la irrenunciable dimensión utópica que obliga al europeo a hacer cuentas con el fracaso, así como la conciencia del carácter inacabado de la condición humana, de la necesidad de acabar de nacer, y un respeto a lo vulnerable, que caracterizan su vocación de construcción de un “medio humano”, por utilizar la expresión de Simone Weil, como marco de ubicación de su proyecto de renovación de la filosofía.

En la perspectiva del exilio

María Zambrano es una pensadora de Europa en el doble sentido del genitivo, en la medida en que mantiene con esta una doble relación: Europa es, para ella, tema de reflexión y foco de atención en el que repara atendiendo especialmente a la crisis que atraviesa, pero es también su lugar de pertenencia y enclave para ella de un

² En este sentido puede verse el ensayo del autor *La ciudad*, traducido al castellano en G. Gili, 2010 (y publicado en italiano en 2004), así como sus declaraciones con ocasión de la concesión del Premio Internacional de Ensayo del Círculo de Bellas Artes a *Europa o la filosofía*, Madrid, Antonio Machado, 2007, por ejemplo en <http://www.circulobellasartes.com/mediateca/mas-simo-cacciari-entrevista>.

pensamiento creador, de donde propone recabar el impulso que late en su tradición. El modo en el que va conjugando en su proyecto esta doble forma de relación con Europa, reconduciendo su experiencia de la crisis a la atención a un centro de creación se diría que apunta a uno de los aspectos más originales de su aportación.

Anticipo que esta conjugación, que sería el núcleo de la singularidad de su tratamiento del problema de Europa, parece radicar en la capacidad de dirigir la mirada a la parte en sombra —de la sociedad y de la historia, de la vida individual y colectiva—, buscando y “rescatando” lo que ahí germina, atendiendo a cuanto encierra un principio de regeneración que, a modo de hipótesis, sugiero que, para la autora, situándose en lo más propio de la realidad europea encuentra su expresión en el tema de la ciudad, realidad también hoy, o sobre todo hoy, amenazada y en la que se cifraría lo más creador de la cultura europea por motivos que ella misma precisa: por ser centro y camino, lugar de comunicación y transmisión cuyo vehículo encuentra ante todo en el habla que le es propia, por ser cobijo de lo que aun fracasado subsiste en sus ruinas, por ser espejo, en fin, en el que la historia se ve y al verse se hace —medio, pues, en el que vivir humanamente, sabiendo que “sólo se vive verdaderamente cuando se transmite algo. Vivir humanamente es transmitir” (Zambrano, 1990: 106-107).

De la imagen de Europa, adolescente e inmadura, que surge de su experiencia de la guerra civil española y cuya prolongación durante los primeros años de su largo exilio encuentra en la guerra europea, se ha señalado el hecho de aparecer enfocada desde el “binomio España-Europa” acentuando, con una clara inspiración unamuniana, lo que de específico España puede proporcionarle en las extremas y dramáticas circunstancias que atraviesa. En este sentido, se ha subrayado cómo en este tratamiento de la realidad europea se gesta la razón poética en condición de forma de racionalidad práctica y método que permite “aprehender realidades *latentes* y *tranhistóricas*”, iniciándose así el progresivo anti-historicismo que caracterizará su pensamiento (Bundgård, 1998: 44) —observación, sin embargo, esta última, que conviene modular para evitar interpretarla como un mero desentenderse de la historia.

Para esta modulación quisiera insistir, por una parte, en la conciencia que la autora tiene, y tan propia es de la experiencia del exilio, de las problemáticas relaciones entre la historia personal y el devenir de lo que se considera la Historia (Rella, 2004: 89), y en consecuencia, sobre todo, en el modo en que esta cuestión, tras el exilio, queda incorporada a su pensamiento en una nueva perspectiva, abierta por la consideración de la necesidad de una razón que sea “el cauce de la esperanza”, entendida como a priori de la vida, como afirma en *Los bienaventurados*. Así, el exilio, acontecimiento histórico decisivo, condicionará el modo en el que entiende esta tarea propia de la razón, atenta a lo “latente y tranhistórico” justamente para responder a la historia: es esta la circunstancia

histórica que le permite discernir la raíz de cuanto ocurre para retomar el impulso que anima la tradición en la que se reconoce.

Para Zambrano, tal como expone en su “Carta sobre el exilio” (2004: 462-469), el exiliado, con su sola presencia, transmite algo irreducible a esta circunstancia histórica, algo “precioso” que sólo él tiene y parece recabar del “lugar imposible” que habita: “al borde de la palabra”, “en la orilla de la historia” y desprendido de su fluir, el exiliado ha tenido que “adentrarse en las entrañas de la historia y ha vivido en sus infiernos”: es esta la experiencia vivida de la que da testimonio su escritura.

Quizás una prueba de que de sus textos se desprenden indicaciones para pensar Europa en un presente, que ya no es el que la autora vivió, pero comparte con aquel la percepción inequívoca de atravesar una situación de crisis, se encuentre en el hecho de que sus páginas nos resulten, en ocasiones, más próximas que las de muchos de sus contemporáneos. Entre estas indicaciones destacaría las que apuntan al surgimiento de una idea de Europa esencialmente heterogénea, plural y porosa, engendrada más allá de los límites geográficos y políticos que habitualmente se le reconocen y naturalmente capaz de acoger, ante la que el problema de salvaguardar e incluso el de determinar con precisión su identidad pasa a un segundo plano. Sin embargo, de su tradición, desde la distancia del exiliado que mantiene la familiaridad con su lugar de pertenencia, la autora parece haber conservado siempre la confianza característicamente europea en la razón, que es confianza en la posibilidad de que esta, atravesando los momentos de crisis, se sitúa en el punto de coincidencia con la vida en el que la emergencia de novedad tiene lugar como momento de creación que corresponde al trascender de la vida, a su “ir más allá” siempre, momento impulsado y orientado por un *logos* sumergido que viene a dar en razón poética. Tal vez por eso, en este marco se sitúa una propuesta de rehumanización de la vida histórica que queda en las antípodas de la consideración del mundo, característica de la modernidad europea, que lo ve como “horizonte” de la ambición de ir siempre “más allá”, convertido en “hábitat” de unos sujetos activos y dominadores (Sloterdijk, 2004: 14).

Su razón poética sería, pues, el uso de la razón que corresponde a la situación de crisis, entendiendo que esta es una “enfermedad propia de los seres que tienen historia”, uno de esos “momentos peligrosos en los que un ser tiene que transformarse” y que, referido a una cultura, designaría para ella “simplemente el momento histórico en que todos los que viven envueltos en una misma cultura sienten que está dejando de corresponder a sus esperanzas” (Zambrano, 2002), escribe en 1964. La respuesta de la razón poética al momento que atraviesa la cultura de Occidente nace de reorientar la mirada a esta experiencia, operando así un cambio de registro.

En este cambio de registro —en el que Europa pasa de ser tema, objeto de reflexión, realidad objetivada a la que se acerca y examina, a ser lugar, medio de visibilidad, marco de experiencias decisivas— hay una continuidad que se anuda en torno a una idea bastante precisa de la Filosofía y del filosofar, que por su raigambre orteguiana asume un proyecto de humanización, que exige el despliegue de la racionalidad poética. Su trato, pues, con este ámbito histórico al que pertenece no es ajeno en ningún caso, ni puede serlo, a una noción de Filosofía —factor que define la identidad europea y que quedará perfilado sobre el fondo de la crítica a la cultura occidental— y al desarrollo de esta forma de razón, la razón poética, que habrá de consumir la experiencia europea para desplegarse. El tratamiento del problema de Europa resulta, pues, de singular importancia, entre otras cosas, porque ejemplifica su forma de filosofar y evidencia la coherencia de su trayecto teórico.

De hecho, en la obra de María Zambrano se cruzan distintos ámbitos de reflexión, cuyas líneas maestras serían una inicial y permanente, aunque no siempre explícita, preocupación ético-política con una lúcida crítica cultural, dirigidas a un proyecto de rehumanización, de realización del ser humano. El horizonte al que apuntan estas perspectivas lo constituye, en buena medida, Europa y su fracaso como experiencia, biográficamente concretada en la de la guerra y el exilio, que viene a ser el enclave desde el que atiende al desmoronamiento de la modernidad occidental, compartiendo, sin duda, esta experiencia y esta preocupación con muchos de sus contemporáneos. Su acogida entre los nuestros se diría que tiene que ver con la veracidad del testimonio que transmite y la originaria autenticidad de su propuesta.

Tal vez por eso es habitual considerar que el centro, tal vez más original, de su aportación lo constituye la propuesta de desarrollo de una forma de racionalidad capaz de responder a las necesidades históricas recuperando el nexo con la realidad, un nexo cuya ruptura sitúa en el inicio de la modernidad europea y que habría alcanzado su culminación en el cumplimiento de un proceso de progresiva deshumanización por desatención al “orden de las cosas”, anticipando el diagnóstico, al que me refería antes, de Simona Forti y elaborando desde aquí su alternativa, explícitamente vinculada a la experiencia de la crisis y articulada en torno a la categoría de posibilidad que, a su vez, corresponde a una concepción del ser humano como realidad inacabada:

Lo que está en crisis, parece, es este misterioso nexo que une nuestro ser con la realidad, algo tan profundo y fundamental, que es nuestro íntimo sustento. Lo que la crisis nos enseña, ante todo, es que el hombre es una criatura no hecha de una vez, no terminada, pero tampoco inacabada y con un término fijo.

Ni estamos acabados de hacer, ni nos es evidente lo que tenemos que hacer para acabarnos. [...] ¿Nos es cuestión la realidad porque nos hemos perdido a nosotros mismos, o por el contrario, por habernos perdido, por haberse desrealizado nuestro mundo nos hemos quedado vacíos? Problema de siempre, que las crisis, como todo lo esencial de la vida humana, ha dejado más al descubierto. (Zambrano, 2000b: 104-105)

El origen orteguiano de esta concepción no oculta la peculiaridad del enfoque que Zambrano reconduce a una revisión de la modernidad, en una perspectiva que podría ponerse en relación con la reflexión de Agamben sobre el presente como un final de época en el que, sin embargo, “todo puede suceder”.³

La forma de racionalidad que Zambrano propone, como se sabe, tendría como sujeto al alma, realidad desatendida en la modernidad que al identificar al sujeto con la conciencia pierde la conexión entre ideas y cosas, y se concretaría en un uso poético, generador y liberador de posibilidades, partiendo de la revalorización de lo dado y de la receptividad, en definitiva de la atención al plano del sentir, esto es, desde una razón “sumergida” que acoge lo que no alcanza el nivel de la conciencia a fin de darle expresión. En este sentido, su proyecto teórico, dirigido a dar cauce y expresión a soterradas potencialidades vitales, conjuga la experiencia de la crisis con una confianza, ciertamente aunque no evidentemente racional, en las posibilidades que este nivel de lo potencial entraña, con la convicción, también en el plano histórico, de que las ruinas de una civilización encierran en sí mismas un germen de creación, pero que “pide ser sacado del silencio” (Zambrano, 2000b: 40), mostrando así su confianza en las posibilidades latentes del individuo y de la cultura, como “realidad viva” a la que el ser humano pertenece.

En el contexto de las filosofías de la crisis europea como “decadencia”, la perspectiva del exilio le permite, como decía, reparar en la raíz de los síntomas de una crisis —que adquiere ante su mirada carácter universal— y la lleva a restablecer vínculos con una tradición que le es irrenunciable, pero siempre a través de un “aquí” originario y muy concreto, cuya relevancia descubrirá muy especialmente en La Habana. Sus consideraciones, en este sentido, parecen sintonizar más bien con aportaciones posteriores e incluso actuales que instan a asumir la inestabilidad

³ Puede verse, en este sentido, la entrevista de Iris Radisch al autor en *Die Zeit*, 13 de septiembre de 2015 (traducción al castellano: <http://artilleriainmanente.noblogs.org>).

Resulta igualmente sugerente el reparar en el interés de Agamben por la infancia como imagen de la potencialidad, desarrollado desde 1979 en *Infancia e Historia* hasta su más reciente publicación de *La muchacha indecible. Mito y misterio de Kore*, en 2014, así como, en general, su preocupación por un método polarizado en el trato con la lengua y con la historia.

estructural de Europa y su crisis constitutiva,⁴ apelando al necesario cuidado de sus plurales “centros” como lugares de acogida y transmisión, esto es, de sus ciudades, inesquivable punto de referencia para fijar la historia en lugares de la memoria, como sugiere Steiner (2017), y de la individualidad (Havel, 2004: 156), espacios de resistencia a la “esencia totalitaria del poder”.

Se ve y se mira el mundo todo desde un lugar determinado: un lugar donde nos sentimos estar cobijados, un lugar donde las cosas y los seres nos hablan directamente en un lenguaje que con palabras o sin ellas, no nos vemos obligados a traducir. Y este lugar lo llevamos con nosotros a lo largo de nuestra vida, aunque hayamos entrado en familiaridad con otros lugares y con formas de cultura e idiomas diferentes. (Zambrano, 2001: 141-142)

Lugar de “tradición”, dirá Zambrano, del que llegamos a tener conciencia cuando nos alejamos de él y, sin embargo, sabemos que es, a modo de “mirador”, el “allí” que nos acompaña siempre y desde donde miramos el mundo: lugar de pertenencia, del que hablaban los poetas de *Orígenes*, que, al ser asumido, es puerta de acceso a lo universal, fue uno de los descubrimientos esenciales en La Habana, en donde encuentra, como se sabe, su “patria prenatal”: “Y así, yo diría que encontré en Cuba mi patria prenatal” (Zambrano, 1996: 107). Noción sugerente, aunque oscura, que adquiere sentido en la perspectiva del exilio y como lugar de emergencia de novedad, esto es, de creación.

Sobre la Europa que agoniza

Ahora bien, si la peculiaridad del tratamiento zambraniano del problema de Europa tiene su origen en el lugar en el que se sitúa y desde donde lo piensa, hay que destacar, sin duda, las páginas, redactadas en el verano de 1940, que constituyen *La agonía de Europa*. Es este un escrito de especial interés en la medida en que evidencia la virtualidad del exilio, al inicio del mismo, como lugar que le permite tanto ver lo esencial como lo que más íntimamente le concierne, ante una situación, dramática sin duda, que considera originada en la incapacidad de reconocer lo perdido.

⁴ Véase, por ejemplo, Rémi Brague, *Europa, la vía romana* (1995), que la define como lugar de transmisión, o E. Morin, en *Penser l'Europe* (1987), que la describe como “continente del devenir histórico” que nace de la persistencia y coexistencia de dualidades que condicionan su fragilidad interna. También puede verse el nº 1 de *Revue d'Europe* (1995) con aportaciones que sugieren una revisión de la noción de identidad y el acento, que encontramos en Zambrano, en su capacidad de renacer (A. Comte Sponville).

Estas páginas las presenta explícitamente como testimonio fragmentado de la agonía de una Europa que, sin embargo, porque ha conservado la huella de cuanto “no alcanzó a ser” (Zambrano, 1993: 251), “no puede morir del todo” (2000a: 42). Son páginas que recogen así una de esas lecciones del pasado reciente a las que Sloterdijk invita a acudir para salir de “la confusión y embotamiento” actuales, buscando informaciones relevantes y orientaciones (Sloterdijk, 2004: 60).

Ante la crisis europea, que desemboca en el conflicto bélico de la segunda guerra, Zambrano se interroga sobre lo que Europa parece haber perdido. En primer lugar, su propia forma: “Europa tuvo rostro, forma, figura” (Zambrano, 2000a: 25) pero ha dejado de tenerla, minada en la raíz de sus principios por “gérmenes ocultos”, unos gérmenes que han alentado una confianza en sí misma ciega y falsa, de modo que, a su juicio, lo que parece haber dañado su identidad es una suerte de “exceso”: “Europa se perdió por sus dones más que por sus defectos”, nos dice, “enredándose en sus propias victorias”, “fracasando a causa de su riqueza”, perdida, en fin, “en el laberinto de la propia sobreabundancia” (2000a: 29).

El núcleo de sus observaciones se encuentra en la percepción de que Europa se ha perdido por un exceso que ha llegado a incapacitarla para incorporar y dar forma a lo recibido, para asimilarlo dándole fluidez. Europa ha sido, así, víctima de sus propias riquezas y victorias, afirma nietzscheanamente. Y, si toda victoria tiene sus víctimas, las europeas las tienen también. Por eso, esta situación ha convivido con el surgimiento de distintos tipos de “víctimas” que han quedado desatendidas: los fracasados, sobre los que “toda realidad histórica victoriosa y resplandeciente” (2000a: 23) se asienta, que acumulan rencor y resentimiento, pero también los falaces “adoradores del éxito”, y, en cierto modo, los que, porque no alardean del éxito ni desatan destructivamente rencor acumulado, discurren por el subsuelo de la historia, e incluso, y en último término, serían también sus víctimas quienes, paralizados entre la confianza y el terror, pierden toda capacidad de respuesta “y aun se truecan en aliados de la destrucción, facilitando el camino con su indolencia” (2000a: 31). Cuando una crisis llega a ese punto en el que se desencadenan sus consecuencias extremas, todos, en cierto modo, son víctimas de ella, aunque apenas conscientes por la situación de ceguera y falsedad generalizada en la que están inmersas.

El diagnóstico de la situación europea —tan próximo en muchos aspectos al que Simone Weil hace de los efectos universales de la fuerza— se concreta, sin embargo, muy significativamente en la observación que cierra las páginas dedicadas a “La esperanza europea” y que abren, en mi opinión, perspectivas inéditas, aunque esbozadas por quienes, como Rémi Brague, nos hablan de la necesidad de “guardar el recuerdo de esas cicatrices” que son señal de las heridas constitutivas de Europa (Brague, 1995: 12).

Para Zambrano Europa ha perdido su identidad al haber olvidado su saber más propio, el que históricamente ha dado cauce a una dimensión utópica que le es constitutiva: “Cansancio de la lucidez y del amor a lo imposible y abandono del saber más peculiar del hombre europeo: el saber vivir en el fracaso” (Zambrano, 2000a: 85). Con esta observación se sugiere una posible respuesta al permanente y confuso cuestionamiento de lo que llamamos “valores occidentales”. Esta respuesta se apoya en el reconocimiento de que la originaria dimensión utópica de Europa está en la raíz de un fracaso que ha llegado a su límite al exhibir su impotencia para vivir en él, para encontrar una salida a una situación de fracaso generalizado.

Zambrano, en consecuencia, invita a atender a los impulsos constitutivos y más característicos de la cultura europea: una esencial dimensión utópica, que proviene en buena medida del cristianismo, pero se concreta en la configuración de la *polis*, lugar de trato con lo humano de origen griego, “primera forma de vida democrática, medio de visibilidad del hombre, donde aparece en su condición de ser humano” (1988: 112). Por eso, lleva a cabo una “fenomenología” de los “bajos fondos de la conciencia”, revelados en el momento de “desastre” por el que atraviesa la Europa empantanada en los sedimentos de sus propios excesos; los síntomas, en los que la autora se detiene, irían de la “vacilación” a la “orfandad”, mostrando la progresiva pérdida de confianza en una tradición cuya voluntad de forma y de estilo, es esencial tanto a la pluralidad de Europa como al fracaso implicado en su originaria utopía.

Ante la pérdida de este “saber vivir en el fracaso”, la propuesta de Zambrano parece polarizarse en dos núcleos que, en distintos registros, reaparecen a lo largo de su obra y sobre los que quisiera insistir: por una parte, propone dirigir la mirada a los “bajos fondos de la conciencia” que justamente en los momentos de crisis se dan a ver, esto es, a la parte en sombra de la vida y de la historia, que necesita una confesión —y una primera purificación, nos dice, para salir del laberinto (2000a: 24)—, porque es allí donde anida el resentimiento del que parece haber nacido una congénita debilidad e imposibilidad de asumir lo heterogéneo y de afirmar lo propio, por olvido o rechazo, quizá también por temor (Sloterdijk, 2004: 63), dando lugar a lo que más tarde caracterizará como situación de orfandad (Zambrano, 1988: 8).

Por otra parte, hay, para Zambrano, un ámbito en el que se concentra “lo más creador de la cultura occidental” y pide una atención especial: la ciudad; de hecho, “el desvanecimiento casi completo de la creencia en la ciudad y del vivir por ella inspirado” es, en su opinión, “quizá el indicio más delator y significativo de que algo pasa allá en las raíces de este Occidente” (Zambrano, 1994: 163). “Espejo de la historia”, la ciudad es “lo que más se acerca a la persona, a ser a modo de una

persona o al modo de la persona, en la vida histórica” (1994: 163-164), “receptáculo del trascender que mana de un vivir propiamente humano” (1994: 164), singularmente dañado en la actualidad, por ejemplo, por los efectos de la globalización. Zambrano escribe sobre algunas ciudades con las que mantiene una estrecha relación, si bien destacan las páginas sobre “Un lugar de la palabra: Segovia” en las que, a través de un recorrido por esta ciudad, expone lo que serían sus elementos constitutivos —la ley y la naturaleza, y, quizá sobre todo, las ruinas y el habla.

Para Zambrano, “las ruinas son lo más viviente de la historia, pues sólo vive históricamente lo que ha sobrevivido a su destrucción, lo que ha quedado en ruinas” (Zambrano, 1993: 250), son “la traza de algo humano vencido y luego vencedor del paso del tiempo” (1993: 253). La ciudad, definida por sus ruinas, acoge con ellas aquello que puede revertirse en foco de transmisión y creación al encontrar expresión en su “habla original y originaria”, “un habla que no es aprendida, ni tampoco inventada, un habla nacida... se dice así, simplemente, porque es así” (1994: 179-181), el habla que da fluidez al lenguaje, incorporando, en explícito distanciamiento de Heidegger, a un sujeto histórico plural y heterogéneo.

Lo que hay de novedad en este planteamiento, que se sustenta en una capacidad excepcional de sintonizar con lo que hay y lo que pasa en las capas más profundas del devenir en la historia de los seres humanos, no está en ocasiones tan lejos de las consideraciones de algunos de sus contemporáneos más advertidos, especialmente en lo que tiene de diagnóstico de la situación.⁵

En su opinión, la configuración política europea, sus avatares y la dramática situación que atraviesa, se apoya en una conformación cultural, extremada voluntad de saber y de poder, que exhibe ya no sólo sus limitaciones y fracasos, sino el riesgo de su esencial hundimiento. Y si María Zambrano se cuestiona su identidad no es tanto para salvaguardar su herencia, cuanto para comprender el presente y fundar un futuro a partir de la atención y el cuidado de lo que ha quedado sumergido bajo el juego de fuerzas de la historia. Sí parece singular su confianza en un “principio de resurrección que es el mismo que el de su vida y transitoria muerte”, y que se encuentra en ese fondo que posibilita la creación que suple a la violencia y es “saber vivir en el fracaso” (Zambrano, 2000a: 85). Esta confianza expresa la singularidad del pensamiento de la autora en torno a Europa.

Quizá, y con el fin de perfilar esta singularidad, no esté de más recordar a título de ejemplo la conferencia que Heidegger imparte en Roma en 1936, “Europa y la filosofía alemana”, como contrapunto de autores que posteriormente la definen como lugar de transmisión (Brague, 1995: 135) y, sobre todo, del pensamiento de

⁵ En este sentido quizá convenga recordar la relevancia del tema del “resentimiento” en el que la autora insiste, tan en sintonía con la tematización de Max Scheler.

la autora, al menos en dos aspectos básicos: Heidegger objetiva el problema de Europa en una cuestión de identidad y cifra, desde el inicio, su “salvación” en dos condiciones que alejan su propuesta de la idea zambranianiana de Europa y del camino que la autora emprende: “1) La preservación de los pueblos europeos del influjo asiático; 2) la superación de su propio desarraigo y de su fragmentación” (Heidegger, 1999: 21).

Que María Zambrano no acabe de compartir la preocupación por las identidades, buscando más bien, y coincidiendo en este sentido también con Simone Weil, el arraigo en el universo a través de la concreción de lo que se nos da, no obsta para que también ella dirija su mirada al origen y, recuperado el horizonte del tiempo, parezca haber encontrado en la filosofía un factor de identidad decisivo para pensar la crisis europea y sus posibilidades de salvación.

En la filosofía europea ha tomado cuerpo, sin embargo, bajo la forma de idealismo y positivismo, la adolescente “incapacidad de experiencia” que denunciaba en *Los intelectuales en el drama de España*, y que habría cuajado en el “resentimiento” ocasionado por la “condena a no desarrollarse”, pero en ella anidan también gérmenes a los que atender como posibilidad de un nuevo renacer. Frente al permanente cuestionamiento filosófico, aboga por comportamientos teóricos que permiten descubrir afinidades con testimonios y propuestas que le fueron contemporáneos y que encuentran hoy un eco. Entre los primeros destacaría la figura de Simone Weil que, también desde el exilio reconocido como condición de existencia, subraya la esencial y universal vulnerabilidad ante la fuerza, cuyos efectos la inducen a ubicarse en el lado de los vencidos como lugar de la verdad y a luchar por la construcción de un “medio humano” que encuentra su expresión en la “ciudad” como metáfora de los lugares de arraigo y reconocimiento en los que sería posible la existencia. Entre los segundos apuntaría el interés de la posición de Cacciari, atento lector de Zambrano, cuando en sus más recientes intervenciones aboga por trabajar en favor de una conciencia lúcida de lo que es Europa.

Para una “nueva historia”

El llamamiento de Cacciari responde al clima de despolitización en el que ha desembocado un proyecto de construcción europea fundado en la “estabilidad” en términos que, porque excluyen la incorporación de posibilidades que no sean meros desarrollos de lo establecido, obstaculizan la intervención activa (Cacciari, 2007: 11-14). Los más recientes acontecimientos confirman este diagnóstico de una situación afín en muchos aspectos a la impotencia política a la que Sloterdijk se refería al hablar de la “cultura de la distensión” (Sloterdijk, 2004: 29), una suerte de generalizada incapacidad de decidir por falta de razones, fruto de la “anestesia”

que siguió a la debacle moral y catástrofe antropológica de las guerras que sumieron a Europa en la irrealidad, desdibujando su idea misma, hasta pensarla como “enigma sin solución”, en una “maraña de imprecisiones y fórmulas vacías” (2004: 43-44). Ante la situación generada este autor apela también, como Zambrano, a la posibilidad y a la imaginación, incluso al mantenimiento e incorporación del “sueño lúcido” como “función principal de la cultura política” (2004: 74). En este sentido, el autor finaliza su ensayo diciendo: “La nueva política comienza para nosotros con el arte de crear palabras que, a bordo de la realidad, muestren el horizonte” (2004: 80).

A la búsqueda de esas palabras que abran el horizonte de la nueva política, no estaría de más recordar las del último escrito publicado de María Zambrano en las que formula la necesidad de crear un modo de vivir inédito hasta el momento, una “nueva historia” en la que los seres humanos puedan habitar como tales y cumplir, en consecuencia, la “promesa” que son:

Y la paz es ante todo la ausencia de guerra, pero es algo más, mucho más, la paz es un modo de vivir, un modo de habitar en el planeta, un modo de ser hombre; la condición preliminar para la realización del hombre en su plenitud, ya que la criatura humana es una promesa.

Entrar en el estado de paz significa traspasar un umbral: el umbral entre la historia, toda la historia habida hasta ahora y una nueva historia. (Zambrano, 2009: 111)

La alternativa zambraniana se anuda en torno a la recuperación, como hemos visto, del “saber más peculiar del hombre europeo”, un saber que conduce a asumir el fracaso constitutivo del proyecto europeo, esencialmente utópico, canalizando lo que de este queda como foco de posibilidad. En esta tarea se diría que los comportamientos más elementales se concretan en la capacidad de dirigir la mirada a las víctimas, sujetos efectivos de la “nueva historia”, y en el cuidado de lo que reconoce como su creación más propia: la ciudad.

Ahora bien, en esta nueva historia, y como personaje decisivo de la ciudad, nos habla del escritor, que, mediando entre el delirio y la razón, constituye el centro de la misma:

Una ciudad sin escritores queda vaciada de su esencia de ciudad, y aparece como un complejo aglomerado, como algo que puede cambiarse, transmutarse o desaparecer sin que su vacío se note. Una ciudad sin escritor es un templo vacío, una plaza sin centro [...].

Hasta se podría decir que el escritor haya sido uno de los actores esenciales del vivir europeo, y que la decadencia de su función sea debida a la disolución, o disgregación que parece ir en creciente, de la especificidad de Europa, de la pérdida de su identidad y de su cambiante figura dentro de la unidad. El escritor ha sido, pues, el espejo de Europa. Espejo en un sentido activo, pues que no se conformaba con reflejar su imagen, sino con crearla y recrearla una y otra vez. Ya que la unidad de Europa es una inédita e insólita forma de unidad en la historia, que ha ido naciendo originariamente, y no sin gloria, en los llamados siglos oscuros [...]. Europa no ha nacido de decadencia alguna, sino que se ha ido haciendo a sí misma, en pluralidad y unidad [...].

Nace el escritor ya con san Agustín, padre de Europa, aunque no fuera más que por esto, por ser un genial escritor [...] cuya obra es producto de la crisis. (Zambrano, 2009: 192-193)

Vale la pena reparar en esta larga cita en la que Zambrano apela a una revitalización de la figura del escritor y su función de testimonio, a condición de que, como Simone Weil afirma que fue el caso de los griegos, tenga “el valor de no engañarse” (Weil, 2005: 42). Así, insiste:

El escritor es imprescindible para que aquello que en la ciudad ocurra, y clame al cielo, no se quede oculto bajo el silencio opaco, para que salte clamando a los cielos, y si fuera así, el escritor sería el corazón de la ciudad, su centro, el único que podría rescatar a la ciudad de haber sido desposeída de su centro, allanada en verdad. (Zambrano, 2009: 195)

En las páginas zambranianas el peso de su formación y, en definitiva, de su lugar de pertenencia se anuda con una esencial apertura a las circunstancias, con una sensibilidad a cuanto acontece, que modula su actitud, su horizonte de visibilidad y su capacidad de respuesta a los requerimientos del presente. El exilio, acontecimiento vivido como condición de existencia, deviene así referencia esencial en la elaboración de las categorías de crisis y creatividad como centro de una forma de racionalidad que intenta responder a la situación histórica.

El modo en el que Zambrano enfoca el tema de Europa ilustra la coherencia interna de un proyecto teórico esencialmente marcado por la perspectiva del exilio, acontecimiento histórico, personalmente asumido, que delimita el lugar desde el que enuncia y elabora su pensamiento. Esta perspectiva la sitúa en una doble relación con Europa que le permite pensarla con una implicación personal que dota a sus escritos sobre el tema de un carácter testimonial y, en consecuencia, fragmentado y abierto teóricamente, pero también con la lucidez suficiente para

ofrecer indicaciones que adquieren hoy una renovada actualidad, al dirigir a Europa una mirada que pone de relieve los límites de lo político para hacer del fracaso un cauce a la esperanza.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Brague, Rémi (1995), *Europa, la vía romana*, Juan Miguel Palacios (trad.), Madrid, Gredos.
- Bundgård, Ana (1998), “El binomio España-Europa en el pensamiento de Zambrano, Ferrater Mora y Ortega y Gasset”, *Claves de la razón poética*, Carmen Revilla (ed.), Madrid, Trotta: 43-56.
- Cacciari, Massimo (2007), *Europa o la filosofía*, Madrid, Antonio Machado.
- Forti, Simona (2004), *La filosofía di fronte all'estremo. Totalitarismo e riflessione filosofica*, Milán, Einaudi.
- Havel, Václav (2004), “Storie e totalitarismo”, *La filosofía di fronte all'estremo. Totalitarismo e riflessione filosofica*, Simona Forti (ed.), Milán, Einaudi.
- Heidegger, Martin (1999), *L'Europa e la filosofía*, Venecia, Marsilio.
- Rella, Franco (2004), *Dall'esilio. La creazione artistica come testimonianza*, Milán, Feltrinelli.
- Sloterdijk, Peter (2004), *Si Europa despierta. Reflexiones sobre el programa de una potencia mundial en el fin de la era de su ausencia política*, Germán Cano (trad.), Valencia, Pre-textos.
- Steiner, George (2017), *La idea d'Europa*, Barcelona, Arcàdia.
- Weil, Simone (1995), *Pensamientos desordenados*, María Tabuyo y Agustín López (trads.), Madrid, Trotta.
- (2000), *Escritos de Londres y últimas cartas*, Maite Larrauri (trad.), Madrid, Trotta.
- (2005), *La fuente griega*, José Luis Escartín y María Teresa Escartín (trads.), Madrid, Trotta.
- Zambrano, María (1988), *Persona y democracia. La historia sacrificial*, Barcelona, Anthropos.
- (1990), *Los bienaventurados*, Madrid, Siruela.
- (1993), *El hombre y lo divino*, Madrid, FCE.
- (1994), *España, sueño y verdad*, Madrid, Siruela.
- (1996), *La Cuba secreta y otros ensayos*, Madrid, Endimión.
- (2000a), *La agonía de Europa*, Madrid, Trotta.
- (2000b), *Hacia un saber sobre el alma*, Madrid, Alianza.

- (2001), “La ciudad”, *Aurora. Papeles del “Seminario María Zambrano”*, 3: 141-142.
- (2002), “La crisis de la cultura de Occidente”, *Con dados de niebla*: 58-61. [1964]
- (2004), “Carta sobre el exilio”, *La razón en la sombra*, Jesús Moreno Sanz (ed.), Madrid, Siruela. [1961]
- (2009), *Las palabras del regreso*, Mercedes Gómez Blesa (ed.), Madrid, Cátedra.

